

# LA COLEGIATA DE VILLAFRANCA DEL BIERZO CONTADA DESDE UNA CIUDAD DE FRONTERA

(Conferencia de clausura)

---

**ANTONIO PEREIRA**

Señoras y señores:

Comparece ante ustedes un español de León y Castilla que quiere evocar, en primer lugar, lo que a su propio Rey le ocurriera en esta ciudad hace seis siglos largos. Don Alfonso el Onceno, en palabras textuales de un cronista de aquel reinado «entró a talar los panes de Alcalá de Aben Zayde, y estuvo allí cinco días, de donde se volvió a Córdoba muy pagado de la villa de Alcalá, que había visto». ¿Y cómo hubiera podido ser de otro modo? Aún antes de venir en persona a la ciudad que ahora llamamos Alcalá la Real, a mí me pasó como al Rey, que tenía ganas de conocerla y de estar en ella.

Alcalá la Real es un nombre de los que suenan y resuenan en quien los oye, sobre todo si éste es un joven cortejador de la poesía, nacido y criado en una villa del Noroeste que se llama Villafranca del Bierzo. Poco podía imaginar que el destino fuera a traerme aquí por lazos de familia. A esta confesada querencia se añade la analogía que une a nuestras poblaciones en el mismo hecho histórico de la jurisdicción exenta y abacial, más la fascinación que siempre he sentido por el hecho universal -y contradictorio- que es la frontera.

Las fronteras se alzan para determinar que a un lado estamos los unos y del Otro lado están los otros, pero no hay frontera que no sea permeable, y con el tiempo resulta que la convivencia y la comunicación pesan más que la defensa, y en ese orden se ha concebido con acierto el cartel que para el último año del siglo lanza Alcalá, ciudad de frontera donde las haya. A tantas razones de mi gusto por estar aquí, se une, en fin, la muy poderosa de la admiración personal. Las jornadas de la Abadía están dedicadas a Antonio Linage Conde. Del poeta y humanista, historiador y polígrafo, he escrito unas palabras que figuran en la edición alcalaína de su bibliografía, recién salida de la imprenta. No las repetiré, para no agraviar la modestia del homenajeado, ahora que él está delante.

Conque voy a cumplir, lo mejor que sepa, mi participación en estas jornadas

brillantes que ahora llegan a su fin; pero déjenme antes dar las gracias al Ayuntamiento de Alcalá, que es decir a la ciudad, y a todos ustedes por escucharme. Me gustaría contarles algunas cosas de mi pueblo y de su Colegiata. En lo de la Colegiata villafranquina me han acompañado en este congreso dos amigos y eruditos de mucho fiar: los profesores Hernán Alonso y Gregoria Caveró. Y aún incluiría a un tercero: Monseñor -y si no es monseñor, lo será pronto- Miguel Ángel González García, que tanto sabe de Villafranca, aunque esta vez nos haya traído el tema de Xunquera de Ambia.

Quizá he puesto énfasis sobre la palabra contar. Me gusta la Historia con mayúscula, y me gusta contar y escuchar historias, alrededor de unos vasos de vino y de unas castañas asadas como es costumbre en el país del Bierzo. El Bierzo es un valle fértil y recogido, tierra leonesa con poderosa influencia de lo galaico. Los romanos explotaron la naturaleza y a los hombres en inquietantes minas de oro, esas Médulas que ahora son recuerdo y paisaje para los de casa y más aún para los turistas. En la Tebaida berciana tuvieron sus celdas agrestes personajes como Fructuoso y Valerio, y hubo luego monasterios ilustres y poderosos. En el corazón de ese remanso se instalaron los cluniacenses y fue fundada Villafranca, cuando el paso de los peregrinos camino de Santiago empezaba a notarse. El sitio era bueno para hacer posada, en medio de dos ríos limpios y trucheros, después del sol abrasador de Castilla y antes de abordar la escalada del Cebreiro que ya es la Galicia pura. Pronto hubo albergues y hospitales e incluso una bella iglesia románica privilegiada, con su Puerta del Perdón donde al peregrino enfermo se le concedían las mismas gracias que en Compostela.

Esta población emergente tenía que alertar a los poderosos. Alfonso VII cogió la villa y dijo: «Para mi hermana doña Sancha». Conque ya tenemos señorío real, con fueros que te doy, herencias que te quito, pleitos pacíficos o sangrientos; en una palabra: las luces y sombras que dibujan cualquier período de la historia. Estas vicisitudes nos llevan a una Villafranca que en 1486 tiene su primer marqués, o marquesa, que lo fue doña Juana Osorio, casada con don Luis Pimentel, varón en el que no me detendré porque en el contexto de estas jornadas nos interesa más su sucesor, don Pedro de Toledo, el fundador de la Colegiata.

Fue mucho personaje este señor don Pedro de Toledo. Segundón del duque de Alba, casó con la niña única de los Pimentel, y la moza llevó al matrimonio el marquesado de Villafranca, que en aquel momento valía lo suyo. A comienzos del XVI, don Pedro toma posesión de sus estados, mete en cintura a los vasallos díscolos, y quedan avisados quienes no lo son tanto, y el señor se da a un absentismo propio de los de su clase, necesario cuando se pretende una carrera mundana.

El marqués de Villafranca sirve al emperador Carlos V, guerrea en campañas

brillantes, cumple embajadas, tiene influencia en la corte del Papa y en los palacios más altos. En 1532, don Pedro de Toledo es virrey de Nápoles, sucediendo al cardenal Colonna. Nápoles está echa una calamidad, la ciudad asolada por la peste, maltratada por forajidos. Llegó don Pedro y aquella gente se echó a temblar, y más cuando les puso una sucursal de la Inquisición. El caso es que saneó y embelleció la ciudad, abrió calles, construyó un palacio, iglesias, hospitales. Quedan retratos donde se le ve al prócer la fisonomía enérgica, la barba bien repartida, la complexión fuerte. Cuando el seductor Garcilaso de la Vega disgustó a Carlos V, quizá por una trastada de juventud, el Emperador le dio al poeta una alternativa: o te retiras a un convento o te vas a servir a Nápoles con don Pedro de Toledo. Garcilaso optó por el segundo de los «castigos», y como era de esperar, terminó conquistando al virrey, lo mismo que encandilaba al mismísimo César Carlos y a todo el mundo.

Siempre he sentido orgullo al abrir la escasa pero bellísima obra de Garcilaso y encontrar el nombre de mi pueblo en la primera de las églogas

*«El dulce lamentar de dos pastores,*

*Salicio y juntamente Nemoroso,*

*he de cantar, sus quejas imitando»*

que va dedicada «A don Pedro de Toledo, marqués de Villafranca, virrey de Nápoles». Y esto sí que es levantarle al prócer, y de paso a una villa, un monumento para siempre.

Don Pedro, en Italia, tendría en su memoria a Villafranca, la villa que con extensos y ricos territorios había llevado al matrimonio su cónyuge doña María, y también se acordaría de aquellos monjes de Cluny que tuvieron un monasterio próspero, gradualmente reducido en prestigio a causa de la degeneración de sus individuos. Supongo, en fin, que quien iba a ser casi un rey, acariciaría la idea de crear una casi catedral en la capital de su marquesado. Quizá preveía el magnate que después de su muerte con funerales de alto túmulo, necesitaría su alma sufragios copiosos. Nuestro personaje vivía en pecado, amancebado con Vicencia Espinel. La napolitana era una belleza del Renacimiento, suelta y picante, cuando la esposa legítima guardaba fríos de León y tocas medievales y virtuosos refajos. No seré yo quien juzgue a mi señor don Pedro. El caso es que en 1529, poco antes del virreinato y ya en la plenitud de su carrera, Toledo consigue de Clemente VII la bula de erección de la Insigne Colegiata de Villafranca del Bierzo, como patronato del marqués y en jurisdicción separada de la de Astorga, quedando sujeta directamente al Papa. La fábrica del templo, proyectada con desmedida ambición en un estilo indeciso, empezó a levantarse sobre lo que quedaba de Santa María de Cluny.

A los de Astorga les cayó mal el don Pedro, naturalmente, casi tan mal como si fuera Prisciliano. Siguieron pleitos y vicisitudes, idas y venidas, encontronazos que si alguna vez fueron cruentos, nunca llegaron a lo que en este congreso se ha oído sobre lo acaecido en Zafra, que llega a la Colegiata el obispo de Badajoz con su séquito (en la capital de la diócesis quedaba preso el abad), toma asiento el obispo en el lugar de presidencia abacial y exige a los capitulares que le presten acatamiento. Los capitulares, ni moverse de sus escaños. El obispo se sulfura, amenaza, se congestiona, abandona su asiento y se va contra el primero de los canónigos, se le sienta encima y empieza a darle puñetazos, es una escena surrealista que ya hubiera querido filmar Buñuel, uno se imagina al desquiciado obispo sacudiéndole al canónigo y diciéndole: «¡Toma! ¡Toma jurisdicción exenta! En Villafranca, tanto no. Pasan los siglos y funciona la institución («Abadía», ordenó el mismo Papa en 1531) siempre relacionada con el marquesado.

A propósito de los marqueses que vinieron después, me alegra resaltar un hecho, cuando estoy hablando en Alcalá la Real. Don Fadrique de Toledo, séptimo marqués de Villafranca del Bierzo, capitán general de las galeras de Sicilia, tuvo un hijo llamado don Pedro. El 29 de julio de 1676, Carlos II nombró Abad de Alcalá a este don Pedro, don Pedro de Toledo Osorio, y está bien que desde León os hayamos mandado un prelado comedido y de nobles maneras, que ofició en las preces que alejaron la peste, que enriqueció los templos con mucha dignidad de maderas escogidas y que, sobre todo, residió de continuo en su palacio abacial de la Mota, no como otros antecesores y sucesores suyos que se quejaban del temperamento de la ciudad por contrario a la salud, se ve que los leoneses somos duros y acostumbrados al frío.

Pero volvamos a aquella Villafranca que les vengo contando. Un abad mitrado, cuatro dignidades, seis canónigos, cuatro racioneros, cuatro medio racioneros, dos sochantres, tres salmistas, doce capellanes para servicio del coro y altar, un organista con otros varios ministros y sirvientes... Esta es la abultada nómina de personal que en 1830 traía la «Guía del Estado Eclesiástico», publicada en Madrid. Con tantos reverendos señores, más las monjas y frailes de varios conventos, apenas si quedaría gente en el padrón de habitantes para acudir a las misas. Villafranca se configuraba como una villa levítica y aristocrática: de lo primero nos hablan todavía sus doce templos y de lo segundo un hermoso castillo palacio más una calle entera -calle del Agua-, que se alarga, pleno camino de Santiago, a manera de exhibición heráldica.

Y es natural que además de camino fuese posada y, a veces, posada regia. Carlos I de España y V de Alemania pernoctó en Villafranca el 19 de marzo de 1520, precisión que debemos a quien fuera nuestro primer y muy querido cronista oficial, Dalmiro de la Válgoma y Díaz Varela. En otra fecha, será el príncipe Felipe, futuro Felipe II, el que haga noche en Villafranca, camino de La Coruña, donde embarcaría rumbo a Inglaterra

para remediar su prematura viudez casándose con María Tudor. En 1690, el real huésped fue una mujer, la Reina doña Mariana de Neoburgo, segunda consorte de Carlos «el Hechizado». Todo esto nos habla de grandezas que en más o menos grado tenían relación con el esplendor que presta una -digamos- catedral presidida por un mitrado. Y ya en pleno XIX, la aparatosa visita de doña Isabel II, que en su amplio y lucido séquito nos traía a su predicador oficial, que iba para santo. El Padre Claret era ver un púlpito y subirse para no menos de dos o tres horas. En Villafranca empezó su sermón a mediodía y duró hasta pasadas las tres de la tarde, que tampoco son horas. Y eso que el fraile y arzobispo de La Habana venía de Galicia, donde tuvo días de siete sermones, siete, según su paje y portavoz Betrín.

A lo largo de siglos ocurrieron en Villafranca otras muchas cosas famosas: el convento de San Francisco; la fundación del convento de la Anunciada por otro Pedro de Toledo, el quinto marqués, también poderoso pero menos fiero que su antepasado; la prodigiosa llegada del cuerpo de San Lorenzo de Brindis; la ascensión de Villafranca del Bierzo a capital de la provincia de su nombre dentro del trienio liberal de 1820 a 1823, prevaleciendo sobre Ponferrada, en lo que acaso influyera la existencia de la Abadía con su campo de cuasi diócesis. Y con su carácter de foco intelectual. No hay más que repasar algunos nombres. Mesía de Tovar fue abad de Villafranca y de aquí pasó a obispo de Mondoñedo y al final a obispo de Astorga. Lucas Ruiz de Ribayaz tuvo canonjía y dio a la imprenta en Madrid "*Luz y norte para caminar por las cifras de la guitarra española y arpa*". El Abad Simón de Rentería no tuvo que salir de Villafranca para encontrar imprenta, y su traducción de un libro francés sobre el jacobinismo es el primer libro impreso en el Bierzo. Como chantre tuvimos a Tomás Iglesias y Barcones (o Bárcones), que llegó a Patriarca de las Indias Occidentales. Y abad fue Juan José Díaz Espada y Landa, promovido a obispo de La Habana, donde se le recuerda porque sacó a los muertos de las iglesias para ponerlos en los cementerios. Pérez Galdós, que se burlaba del aire de mojiganga de las Constituyentes de Cádiz, pasa a un tono respetuoso y entusiasta al referirse a nuestro Muñoz Torrero, que dejó su escaño colegial para ocupar el de aquellas Cortes. Esto me trae un recuerdo también literario, relacionado con la Colegiata, y me alegra incluir en esta crónica el nombre de nuestro máximo escritor, el villafranquino Enrique Gil y Carrasco, autor de «*El señor de Bemibre*». El padre de Enrique era administrador de los marqueses. Al morir el marqués en 1821, la marquesa viuda, María Tomasa Palafox, despidió a su contable a causa de «un vado» descubierto en las cuentas. Debió de haber aclaración satisfactoria y suficiente por parte del imputado, puesto que Juan Gil continuó en buena fama y desempeñando la administración de la Colegiata, pero puede que el incidente haya herido para siempre la sensibilidad del poeta y novelista romántico. A mí mismo me hiere, si se me permite una declaración personal, que la sancionadora fuese doña María Tomasa, esa señora con cara de chica moderna y chatunga que me gusta mucho

cuando la veo en el Museo del Prado, retratada por Goya.

El reloj corre -no quisiera imitar al Padre Claret, aunque reverencio su declarada santidad-, los años fueron pasando y llegamos a aquel 1851 del Concordato. En Roma estaba Pío Nono, con nombre de dulce de bizcocho pero que a Villafranca del Bierzo y a Alcalá la Real nos trajo el amargor de una declinación, seguramente inevitable ante el empuje de nuevos tiempos y nuevos conceptos. Se suprimen las jurisdicciones exentas. Empieza la cuenta atrás, hasta la inexorable consumación del designio papal.

En Villafranca del Bierzo, a la Colegiata seguimos llamándola la Colegiata, aunque su legalidad canónica sea la de Parroquia de Nuestra Señora de la Asunción. Y asumida la pérdida histórica, es un consuelo que el prelado de la diócesis tenga su sede en la fraterna Astorga. «Una ciudad con obispo y sin gobernador civil», aunque la intencionada frase tenga que cambiarse ante nuevas nomenclaturas políticas. De los buenos tiempos nos ha quedado el templo, quizá excesivo, el gusto por la gran liturgia, los ecos de un pasado que sigue influyendo en el carácter de la villa, amiga de las ciencias y las artes. En Villafranca se celebra cada año, en la primavera, una fiesta de la poesía que reúne a gentes de dentro y de fuera de España. En el castillo de Villafranca compone su música Cristóbal Halffter, casado con María Manuela Caro, de la familia Peña Ramiro. Y en el centro está la Colegiata que se le ocurriera al Virrey, ahora velada por nuestra nostalgia:

*Viejo libro de piedra y de cristales,  
archivo y fe de la memoria mía,  
en las noches te ve mi fantasía  
o te sueña al través de los vitrales.  
Fantasmas de cabildos colegiales,  
sombras de antaño van en letanía,  
y hay una tiple voz de escolanía  
martillando tus bóvedas claustrales.  
Abades, prebendados, racioneros,  
esqueletos de historia como aceros*

*bajo una luna pálida y felina*  
*noche tras noche van rondando el coro.*  
*Y así entre salmos velan el tesoro*  
*de nuestra tradición villafranquina.*

Este «Nocturno en la Colegiata» fue el primer soneto de quien era entonces un poeta adolescente y que ahora les pide a ustedes licencia para despedirse. Los alcalaínos no pueden ser presos por deudas, he aprendido en la inexcusable Historia de don Antonio Guardia. Tendría que meterme en archivos y ejecutorias para saber si los villafranquinos del Bierzo tenemos un privilegio así, de manera que me tiene más cuenta pagar sin otro plazo la obligación que contraí cuando fui invitado a cerrar estas jornadas. Nunca podré saldar del todo la deuda, pero reconocedme la voluntad con que os entrego a cuenta mi admiración. Se dice que el mapa de Italia recuerda una bota, lo mismo que el de la Península Ibérica evoca la piel de toro. Pero ya es suerte y belleza que el contorno de vuestro municipio sea una paloma en vuelo, con el pico en San José y en La Rábida y la blancura extendida hacia Granada y la misteriosa Córdoba y la capitalina Jaén. Y en el corazón del ave, la Mota de Alcalá, Alcalá la Real, no añadiré ni una palabra.